

De actualidad

# NEVADAS Y TERREMOTOS



Nieva en una buena parte de España. Y encima de la nieve, hiela. Y si Verlaine decía aquello de: «lora en mi corazón como llueve sobre la villa», glorioso lo de Rimbaud, de «llueve poco a poco sobre la villa», nos cabe ahora decir aquí que nieva sobre España y nieva sobre el alma del pueblo. Y encima de la nevada, hiela.

El hielo tiene sus ventajas, sin duda. Cuaja el agua e impide que fluya. Los témpanos son cosa sólida, firme y hasta cortante. Un conventículo, una secta, una iglesia, un partido político, son témpanos y hasta icebergs. El calor los deshace. La organización, eso que llaman organización, suele ser congelación. Y la congelación es cristalización. Al cabo la iglesia sustituye al dogma, la organización a la doctrina. La idealidad, que es cosa fluida, desaparece. O mejor dicho lo que desaparece es el pensamiento.

Porque el pensamiento es cosa fluida, es curso de ideas—que cambian ¡claro!—, es vida. En cuanto se llega al dogma se deja de pensar. Un dogma se aprende y se repite; pero no se piensa. En cuanto se piensa un dogma, el dogma se deshace, se funde, se va. Y basta de estas metáforas.

Nieva, y al mismo tiempo se dice que se registran temblores de tierra, más o menos lejanos. Tiembla bajo tierra y nieva sobre ella. Y dicen que esos temblores vienen de fuego soterráneo. El caso es que hay volcanes con la cumbre nevada.

También la lava suele cuajar. En las faldas del Vesubio viven gentes del rico producto de las tierras, en un tiempo candentes, que enterraron antaño a pueblos.

A las veces se habla de la atonía de nuestro pueblo. ¿No será más bien entumecimiento? Y entumecimiento por congelación. Y cuando se queja, debe de ser sabañones. Hay sabañones del espíritu colectivo. Cada partido político, por ejemplo, es un sabañón. Es sangre congelada.

¿Partido? ¡No, sino más bien entero! Dos, tres hombres, diez, cien, mil, diez mil, cien mil, un millón de hombres, si quereis, pueden formar un partido, una parte, un pedazo de un todo; pero un hombre solo, si es hombre, no forma partido. Porque un hombre solo, si es hombre, esto es, si piensa, no es parte, sino que es todo; no es partido, sino que es entero. Y esto es así, porque un hombre piensa, y una colectividad, no. Una colectividad puede tener ideas—témpanos, dogmas—; pero no puede pensar. No hay pensamiento colectivo, aunque haya ideas colectivas.

Pero es que hay el hombre-parte, el hombre-cacho... Claro: el vocero, el representante. Y más si es con mandato imperativo. Y el mandato imperativo es la muerte del pensamiento. También se le llamaba el personero.

Nieva sobre la tierra y truena debajo de ella. Y dicen que la gente se divierte...

Cuando nieva, una de las maneras de divertirse es echarse unos a otros bolas de nieve. Se dice que así se entra en calor. También suele divertirse la gente en echarse unos a otros ideas, eso que se llama ideas, dogmas, fórmulas, principios de programa. Lo peligroso es que se le ocurra entonces a alguien lanzar sobre los otros un chorro de agua caliente, de pensamiento, sin témpanos. El agua caliente hace reventar los sabañones.

Con témpanos de hielo se puede construir una cabaña. Y hasta un palacio. ¡Con agua corriente, no! Y la gente quiere una cabaña en que albergarse, aunque esté hecha de nieve.

Con esta nevada nos acordamos de Brand, del trágico Brand ibseniano. Su pensamiento y su sentimiento, que eran fluidez y fuego, atrastraron al pueblo de los Jordos; pero este pueblo le pidió ideas, témpanos, y le pidió una iglesia a que acogerse, y Brand no se los pudo dar. ¡Claro!

De la nevada cabe prevenirse; pero ¿del terremoto?...

¿Habrá terremotos en el polo? Por lo menos, bajo aquella enorme capa de hielo apenas sí se sentirán. Y luego, no hay quien los sienta...

Cuando a la tierra le da por temblar bajo los pies de uno, ¿qué remedio queda? Ir a otra, aun exponiéndose a que también la otra tiemble.

Dicen que eso de la emigración se va poniendo malo. Es decir, que ya no admiten emigrantes en ciertos países ultramarinos. ¿Admitirán emigrados?

¡Oh, si tuviese uno siquiera diez años menos!... Rompería con estos lazos, y dignamente, sin tener que pedir mercedes que humillan, y que hasta deshontan, se iría... Se iría a otras tierras, y acaso a otros terremotos. Huiría...

«¿Huir? ¡Huir es de cobardes!» Según de qué. No creemos que sea de valientes el no huir de un terremoto, el dejar que se le trague a uno la tierra. Porque como no cabe defensa...

Pero, en fin, ¡hay que quedarse!... Y menos mal el que es capaz de hacerse su choza de témpanos de hielo, el que puede albergar su espíritu en una cabaña de ladrillos ideológicos y convivir allí, aun lleno de sabañones. Pero, ¿y el que vive en el agua? ¿El que está condenado a pensar?

¡Libertad de pensamiento! ¡Libertad de pensamiento! ¿Saben bien lo que proclaman los que la proclaman? Porque libertad de pensar no es libertad de tener ideas. O de ser tenido por ellas. El hombre de ideas, no por eso piensa. Aunque ajete y trafique con ellas.

¡Hay que vivir entero, y libre, y pensando!

MIQUEL DE UNAMUNO

